

— Porque ustedes ya están viejos; ya son talludos y tienen muy duras las agujetas.

Y comenzábamos á charlar sobre mil asuntos, sobre mil cosas que no nos interesaban, pero que precisamente por eso gustábamos más de desentrañar. A veces me hacía poner las orejas coloradas con observaciones rudas y á fondo, otras me demostraba que me conocía como á sus manos.

— Me han contado, me dijo una noche, que usted no pertenece á la familia de los Pérez Mares que me decía era la suya, sino que es hijo de un honrado notario de pueblo que se desvive por usted. Cuidado con esas cosas, que cuadrarían en un chico sin más mérito que el de su apellido; pero no en usted, que vale por sí.

— Esa niña, me decía al hablar de Trini, observa respecto de usted una conducta muy rara. O es una disimulada y una cazurra, ó no goza ni de un átomo de libertad. No la condene ni la absuelva usted sin haber tomado informes muy amplios.

Y así, unos días hablando de mi pasado, tratando otros de mi presente ó de mi futuro, íbamos anudando el hilo de la mutua simpatía, de tal manera, que había de resultar difícil desenredarlo y romperlo.

Ansiaba que llegaran las noches de tertulia para reanudar la charla empezada y tratar de cosas nuevas, que se me ocurrían diariamente.

En una de esas ocasiones, la dije:

— Ya hemos hablado largamente de mí, sabe usted cuanto me toca; pero ¿y usted? Cuénteme su historia, que no puede menos de ser curiosa la de mujer tan inteligente y distinguida.

— ¡La mía! me contestó. Pero si ya por la voz pública ha de estar enterado usted de mi leyenda, porque tengo leyenda á manera de los mártires del *Flos Sanctorum*... No haga esos aspavientos ni me diga que nada sabe, porque lo voy á juzgar un mentiroso... Sí; en concepto de la gente, soy una especie de Lucrecia Borgia, una mujer peligrosa que ha producido más daño en el coro masculino, que el *chahuistle* en los sembrados. Yo he causado

Muertes, asolamientos, fieros males...

He sido infiel, pervertida, y no sé si también he hecho el mundo.

Me reí, y entonces ella me refirió una historia que nada tiene de extraordinario: la historia de la mujer superior casada, por mandato ó por conveniencia, con un beocio sin talento ni valer.

Sí, había faltado, había cometido infidelidades; no se gloriaba de ello y hasta lo deploraba con todo su corazón; pero habían sido faltas de amor, faltas disculpables por el móvil y por el objeto.

Y con esa moral floja y acomodaticia que teníamos los

románticos para disculparnos, yo acepté cuanto me decía y la tomé como heroína de novela, como una Manón ó Margarita Gautier víctima del destino y de las preocupaciones sociales.

— Usted, me dijo, no conoció á mi excelsa maestra la *güera* Rodríguez, ó la *güera* Elizalde, como se la llamaba; pero sí ha de tener noticia de sus talentos, de su gracia y de su coquetería: en libros anda cuanto se refiere á aquella hermosa dama y sería en vano que yo se lo contara.

En el salón de esa reina sin cetro, pero con súbditos, conocí al joven Albermale, que había venido aquí por causa de negocios.

Pertenecía Jorge, que ese era su nombre de pila, á la aristocracia de su tierra; era guapo, valiente, servicial, atento, bien criado y sobre todo enamorado como un Macías.

Me conoció y comenzó á cortejarme con una asiduidad de que debe de haber pocos ejemplos. Casi no pasaba día sin que inventara un baile, una jira campestre, una reunión de confianza, con objeto de decirme cien y cien veces que me quería, que se consideraría dichoso si lograba mi mano, y que estaba dispuesto á hacer el sacrificio de su religión, aceptando la católica, si yo respondía á su pasión.

Excusado es decir que acepté el cariño del simpático

Jorge y que lo aceptaron mis padres como lo más natural del mundo; pero cuando ya todo estaba listo y mi novio próximo á marchar á su tierra para traer las donas é impetrar el consentimiento paterno, vino la terrible epidemia del cólera, que acabó con media ciudad de México, y dos fueron las primeras víctimas: una, mi maestra, mi amiga, la *güera* Rodríguez, que pereció en unas cuantas horas, y otra Mr. Albermale, mi novio, que cogió el contagio sin saberse cómo ni cuándo. No habían servido de baluarte al terrible azote ni el garbo y la donosura de aquella mujer singular, que había distraído á Humboldt de sus investigaciones y de su ambición á Iturbide, ni la juventud y el amor del elegido de mi alma...

Dicen que en aquellos tiempos era yo un amor, una criatura bellísima, que atraía la atención de todos; por eso al poco tiempo me solicitó en matrimonio don Juan Ruiz de Esparza, de quien usted sabe, y lo sabe todo el mundo, vivo separada aunque habitando la misma casa.

Entre mi esposo y yo no hay contacto intelectual ni material, ni de afección; somos dos extraños, como lo hemos sido siempre, y apenas si tengo que soportar á veces sus brutales celos, tanto más crueles cuanto son más inmotivados.

A usted, provinciano sencillo, le va á llamar la atención que existan un hombre que no es marido de su mujer, y una mujer que no es mujer de su marido; pero habemos

tantos ejemplos aquí, que casi venimos á constituir la regla.

Lo que le he referido es la verdad, y cualquiera otra cosa que le hayan dicho es una solemne mentira: yo lo afirmo.

Salí embobado por aquella historia, que tuve por el Evangelio; y como al día siguiente hablara con Sánchez y le relatara el caso con todos sus pelos y señales, el maldito medicucho se rió y me dijo entre accesos de tos convulsiva:

— Te la dieron, Juan Pérez, te la dieron y la mereces. ¿Quién te mete á ti, fuereño ignorante, á competir con estas señoronas, que tienen falso desde el pelo del peinado hasta la labia que emplean? Ese inglés, esa *guera* Rodríguez, ese cólera providencial, ó fatal, ó lo que tú quieras, no han existido más que en la cabeza de la hermosa señora, que opino, desdiciéndome, ha tomado á pechos el caprichillo de trastornarte el seso.

Desmentí á Sánchez, insistió él en su dicho, le repliqué enojado, él me llamó tonto é ingrato, y nos separamos de mal talante, cada uno por nuestro lado.

Desde ese día comenzó para mí una vida rara; dejé la amistad de los muchachos que no me impulsaban hacia aquella mujer, y frecuenté la de los pollos insubstanciales, que ni me querían ni menos apreciaban mi escaso valer.

Rápidamente iba al ministerio, tomaba el acuerdo de don Juan, y me escapaba. Mi maestro, por su parte, andaba también triste, desazonado y padeciendo ausencias, como yo no lo había conocido nunca.

En Septiembre, á principios, murió de úlcera redonda, á la vuelta de una revista, el ministro Tornel. Mucho tiempo hacía que don Juan acordaba directamente con el Presidente y al parecer satisfecho con él.

Pero el quince del mes, cuando se hacían preparativos para la fiesta nacional, don Juan llegó alterado á su despacho.

— Esto se lo llevó el demonio, gritó arrojando los papeles con furia sobre una mesa. Ni esto es gobierno, ni este es Presidente, ni hay aquí agradecimiento, ni vergüenza, ni nada... Prepárese porque nos vamos: acabo de reñir con el General y de aventarle en la cara su cochina oficialía mayor... Pero ya verá este desconocido, que el mismo que hizo su panegírico, cantó sus glorias y lo elevó á la presidencia... porque yo lo elevé, amigo Pérez, eso usted lo sabe... ese mismo puede convertirse en su deturpador, en su enemigo, y echarlo abajo del poder... No me llame usted la atención ni procure que me calle, porque bien sé que estamos rodeados de espías... Sí, quiero ver si es capaz este farolón de meter en la cárcel al mismo que ha llamado mil veces su amigo mejor...

Traté de calmarlo; pero fué inútil: por su mano escri-

bió su dimisión, dando como causa de ella que no quería seguir prestando su ayuda al desarrollo de una política absolutamente contraria al espíritu y á las tendencias del plan de Jalisco.

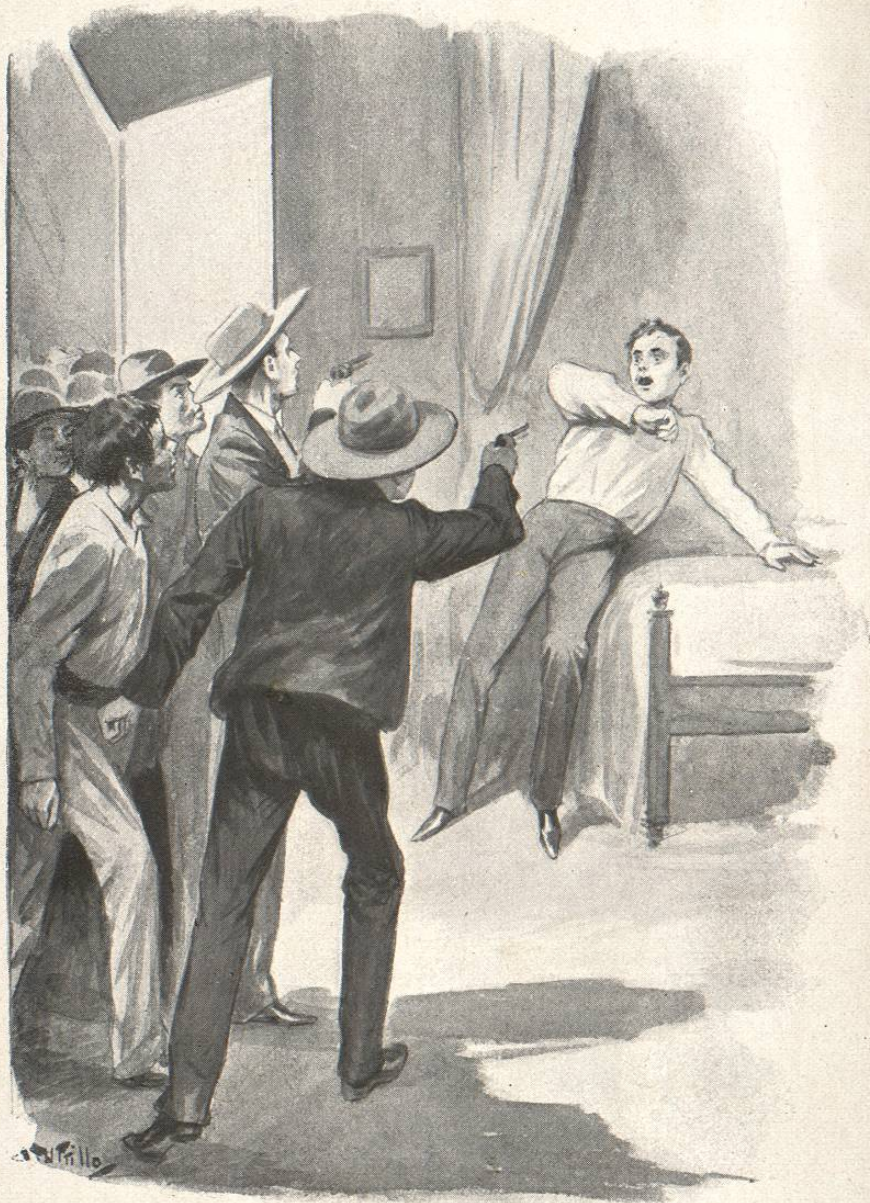
La respuesta de Santa Anna no se hizo esperar: fué una carta-circular que dirigió á sus amigos, avisando que había separado del puesto á Suárez, á causa de que había pretendido ser ministro á la muerte del señor Tornel, y de que él, Santa Anna, se lo había negado.

Lo cierto es que el bueno de mi mentor debía de haberse hecho insoportable para el Excelentísimo: un hombre que á toda hora estaba haciéndole observaciones y dirigiéndole censuras con aspecto de amo descontentadizo y exigente, por fuerza hubo de cansar al hombre acostumbrado á recibir adulaciones de todo el mundo, á ser considerado como un señor infalible é inatacable.

Por tres días desapareció Suárez; al cuarto, me mandó una cita para el siguiente, y me indicó debía marchar con precauciones.

Empezaba á levantarme cuando oí á la puerta de mi cuarto una gran porfía; mi nombre andaba mezclado en las bocas de criados y gente desconocida, trayéndolo todos de aquí para allá como estirándolo y maltratándolo.

Tomé violentamente mi ropa, y cogiendo la carta de Suárez, la hice un montón confuso y me la tragué. En ese



En ese momento penetraban al cuarto cinco ó seis bribones...

momento penetraban al cuarto cinco ó seis bribones con caras patibularias, con las pistolas amartilladas y preguntando por mí.

Pero no duró mucho tiempo su indecisión; iba al frente de ellos un tipo para mí familiar, Nicolás Cuevas, mi protegido, que colocándome la mano en el hombro me dijo:

— Ahora no te escapas, Juan Pérez, conspirador contra el gobierno, coludido con personajes desafectos á la administración, é inquietador de mujeres ajenas. Ya verá el señor Presidente que se empieza á hacer buen uso de la ley de sospechosos.

Miré al bellaco, pero nada quise decirle por no tener que cruzar palabra con él.

Luego la gentuza aquella registró mis ropas, se incautó de mi poco dinero como si hubiera sido cuerpo de delito, y recogió una carta que estaba puesta encima de mi mesa de noche, y que yo no había llegado á ver.

— Amárrenlo fuerte, muchachos, gritó el esbirro y vámonos más que de prisa.

Violentamente atravesamos la ciudad sin llamar la atención de los barrenderos que hacían el aseo de las calles: ya debían estar acostumbrados á ese espectáculo diario.

Paramos en la Diputación, donde nos esperaba Lagarde, frente á una mesa en que todavía ardían los



cabos de unas velas puestas en los candelabros de cobre.

— Señor, empezó Nicolás: este sujeto es el secretario de Suárez Navarro, y se le aprehende como sospechoso y como hombre capaz de conspirar. Si su merced se sirve interrogarlo

con la maña y habilidad que lo caracterizan, sabrá muchos secretos de los enemigos del gobierno. En una mesa se encontró cerrada esta carta, que ha de proceder de algún otro bribón, enemigo del poder.

Cogió Lagarde la carta, la leyó de cabo á rabo, y al fin dijo entre dientes:

— No es nada, tonterías; una tal Trini que no se casa, sino se mete monja. No vale la pena...

— Yo me tomo la libertad, señor, repuso Cuevas, de advertirle que con nombres supuestos y negocios al parecer indiferentes, estos bribones mantienen entre sí

correspondencias, sirviendo de clave esos negocios de casorios, noviazgos y demás;... pero el señor jefe de la policía sabe mucho más que yo de las argucias de los criminales.

Nada contestó Lagarde, sino que hizo una seña, y atado codo con codo me llevaron á la cárcel, donde me metieron en una bartolina infecta.

Al atravesar el patio pude oír que Cuevas decía:

— Es reo peligroso y se lo recomiendo muy especialmente... Secretario del pillo de Suárez Navarro... uña y carne de él... Parece que había complot para atentar contra la vida de S. E... Sí señor, contra la vida de S. E.; parece mentira que haya pillos así de depravados.

Y yo pensé: ¡depravados! Si hay depravados, uno lo eres tú, infame polizonte, que me debes desde la *cotona* que traes puesta hasta la bazofia que acabas de ingerir.

Y se cerró tras de mí la puerta aquella.